



Adolfo Suárez durante su entrevista con el ministro de Asuntos Exteriores chileno, Hernán Cubillos. Partidos y sindicatos de izquierda protestaron por esta visita.

Gobierno español es la forma de emparentarse con el sector del Tercer Mundo que busca sus salidas por la vía occidental, como la generalidad de los países del Pacto Andino; e incluso trabajar con ellos por una reconversión a esos conceptos de otros países tercermundistas. Todo ello sin abandonar la posición europea-americana en la que está incluido; y no sin abandonarla, sino trabajando por ella en ese terreno.

EN medio de este debate se cruza el del "neutralismo": sobre todo a partir de la utilización de las frases de Castro en la sesión inaugural de La Habana, en las que instaba a España a apartarse del "bloque agresivo" de la OTAN —repetidas, después, por algún otro delegado—. Frase a la que se responde con el gesto exagerado de la dignidad ofendida, que no se emplea para defenderse de otras presiones mucho más fuertes y mucho más eficaces en el sentido contrario. A la que responde incluso el Gobierno con una nota y el ministro de Asuntos Exteriores con unas declaraciones: todo ello en ese mismo tono enfático, calderoniano. Y que tienen una misión más importante: demostrar a la gran derecha que no hay verdadera identidad con ese bloque dentro del bloque que puede representar Castro, y explicárselo también así al grupo euroamericano. Ya tenemos marcada una inclinación a la OTAN. Cuando la realidad es que el debate de la OTAN y del neutralismo debe ser precedido de un verdadero debate: no de una polémica de lenguaje arcaico, no de unos pequeños chismes diplomáticos o de unos grandilocuentes editoriales.

TODO el gran debate debería haberse realizado, y aún se debe realizar, en torno a puntos de gran análisis de nuestra realidad actual: cuál es la posibilidad de nuestro "europeísmo" por la reforma de las condiciones sociales, científicas, técnicas, humanísticas; qué ventajas podemos obtener de un neutralismo real, o qué peligros; y qué peligros y ventajas podemos obtener de una actitud militante en la OTAN. España es un país que siempre está intentando definirse a sí misma y nunca lo consigue —por eso se acude con tanta frecuencia a fórmulas sacramentales en lugar de a fórmulas intelectuales—: este momento preciso, por las propias condiciones del país y por las del mundo en torno, parece muy indicado para realizar esa definición. Una especie de arqueo y balance y, al tiempo, una busca de propósitos comunes o mayoritarios que sepa proyectar hacia el futuro el resultado de ese balance.

EN su lugar se emplean tergiversaciones, ataques personales, manipulaciones políticas, anécdotas. Deberían dejarse a un lado para buscar otras definiciones superiores. A menos que tengamos que resignarnos a definir España como un país de tergiversaciones, manipulaciones, ataques y anécdotas. En cuyo caso habría muy poca defensa para el futuro. ■

LOS
CONTEM
PORAN
EOS

NO HAY CONTEMPORANEOS

SE propone un ejercicio para sociólogos: establecer un cuadro —ellos adoran los cuadros— mostrando las diferentes épocas culturales en que vivimos los españoles. Parece que uno de los fenómenos actuales es la pérdida del sentido de la contemporaneidad. Muy pocas personas se consideran desposadas con el tiempo en que viven: sólo los triunfadores. Y el número de triunfadores desciende de una manera alarmante (mirando la Historia y el porvenir, ¿seremos un país de perdedores?). Se acabó el tiempo en que el hombre se consideraba con orgullo moderno. Y hasta algunos sectores progresistas consideran con terror síntomas y acciones del progreso. Hasta la palabra progresista, que fue tan popular —tuvo su apócope, "progre"—, ha caído en desuso. Hay muchos de ellos que sueñan con volver a la época original del hombre en contacto con la Naturaleza. Conozco alguno que imagina la involución: una serie de mutaciones inversas a las conocidas —o supuestas— que devolviera la Humanidad al estado de ameba en las maternales aguas marinas.

Como nadie quiere ser contemporáneo, cada uno imagina la época que considera la Edad de Oro. Desde este regreso a la Naturaleza hasta otras fantasías más o menos realizables. Se puede vivir mentalmente en la época de Franco o, si se quiere, en la de la Inquisición; en la de Fornos y la "cuarta" de Apolo, que era la "belle époque" madrileña. En la de la revolución rusa en 1917, o en el tiempo del fascismo de Mussolini. Grandes épocas: a condición, naturalmente, de ser franquista, inquisidor, "calavera", Lenin o "squadrista" de porra y aceite de ricino. Lo que el soñador sueña de cada época es que es el personaje triunfador de su sueño: lo que nadie imagina es vivir en una época en la que perteneciera al enorme mundo de las víctimas: rojo con Franco o Mussolini, pero Paco en la "belle époque", aristócrata con Lenin. Se imagina triunfador en la época que ahora porque no se puede imaginar triunfador en ésta. En la que no hay triunfadores. La lavadora, el cochecillo y el "chale" ya no son los símbolos del triunfador que eran antes: el paso más allá que habría que dar está bloqueado, el trabajo que hay que hacer para ese paso ya no es suficiente.

Vivimos en épocas distintas. Hay hechos externos que producen esa separación: desde los que están en el analfabetismo hasta los eruditos, los científicos y los técnicos; desde el "hábitat" casi prehistórico de alguna zona rural hasta el trabajo en un laboratorio nuclear o una estación espacial. La unificación de la cultura contemporánea, el regreso a la contemporaneidad mental, el amor al tiempo en que vivimos es casi una utopía. Casi parece más difícil ser un ciudadano de hoy mismo que serlo de otros tiempos; muchos tienen el espejismo de que es más fácil impulsar el regreso a otra época que el de asumir la nuestra. ■

POZUELO